

## Marxismo y nueva historia<sup>1</sup>

Guy Bois<sup>2</sup>

Dos poderosas corrientes atraviesan la historiografía contemporánea. La primera –el marxismo– se presenta como una teoría general del movimiento de las sociedades, del cual se propone rendir cuenta mediante el empleo de cierto número de instrumentos específicos o conceptos de base, entre los cuales ocupa el primer lugar el concepto de modo de producción. Intenta brindar una visión global, coherente y dinámica de los procesos sociales. Su influencia va mucho más allá de los historiadores llamados “marxistas”, o que se pretenden tales, por múltiples vías, impregnó la producción histórica; en especial, en Francia. La segunda corriente es denominada “*nueva historia*” por quienes la invocan a su favor. Al tiempo que atacan con sarcasmos a la vieja historia, empírica y positivista –la de Seignobos–, los nuevos historiadores preconizan una renovación de los métodos históricos que dará a esta disciplina una *status* científico –“La historia aguarda

1. Extraído de la obra editada por Luis M. de las Traviesas Moreno y Gladys Alonso González, *La Historia y el oficio de historiador. Colectivo de autores franceses y cubanos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1996, pp. 317-335, a su vez tomado de la *Nouvelle Histoire*. Bajo la dirección de Jacques Le Goff. París, Éditions Complexe, 1988, pp. 255-275.
2. Historiador y profesor meritísimo de la Universidad de París VII Denis Diderot.



quizás a su Saussure”, nos dicen Jacques Le Goff y Pierre Nora– y podrá, por fin, “hacer historia”.

Naturalmente, estas dos corrientes no pueden ignorarse. Alimentadas una y otra por el mismo rechazo a una práctica histórica pasada de moda, ambas se codean, mezclan a veces sus aguas indistintamente, pero también rivalizan por su ardor y desconfianza recíprocos. Su confluencia aún parcial, confusa y tumultuosa, resultará quizás el gran acontecimiento historiográfico de este fin de siglo; desde ahora es un fenómeno fascinante, aunque no fuese más que por la mezcla de relaciones de alianza y de conflicto que lleva en sí. También puede afirmarse que el destino a corto plazo del materialismo histórico dependerá, en gran medida, del resultado de su confrontación con la “*nueva historia*”. Sus conceptos se someten a la prueba de esa renovación metodológica. En los últimos 20 años, la visión de los modos de producción precapitalistas se ha modificado profundamente. Ello justifica un examen atento de la confluencia entre marxismo y “*nueva historia*”.

### ¿Qué marxismo?

Pero antes, pongámonos en guardia contra el esquematismo; vale decir, contra las ambigüedades de ambas apelaciones. Tratándose en primer lugar del marxismo, no puede disimularse (o disimular) por más tiempo que la etiqueta abarca prácticas históricas bien diferentes unas de otras e, incluso, a veces ajenas entre sí. Las incidencias de lo político han sido determinantes al respecto. Resultaría vano minimizar la amplitud de las deformaciones o de las esclerosis imputables al largo sueño dogmático, cuya expresión más traumática fue el estalinismo. Vano sería también imaginar que los países del Este hayan



tenido el monopolio de la esclerosis ideológica, o incluso que los marxistas occidentales se hayan librado de ella por el solo hecho de denunciar el culto a la personalidad.

En el plano historiográfico, el balance provisional de ese fenómeno constituye ya una catástrofe. Discurso estereotipado, bloqueo de la investigación (salvo en sectores, como la *arqueología*, más independientes de la esfera ideológica), manipulación escolástica y artificial de conceptos son sus principales síntomas. Quien tenga hoy un encuentro con una delegación oficial de historiadores soviéticos puede hacer la cruel constatación. Lo peor radica en que tal parodia del marxismo nutre a su contrario; es decir, a una tendencia al abandono, más o menos confesado, del materialismo histórico, tendencia cada vez más perceptible en varios países del Este y que abre la brecha a la invasión ideológica de las ciencias sociales norteamericanas. Naturalmente, no todo es tan negro en el panorama historiográfico de esos países: investigadores de gran talento se mantienen en plena actividad; aún se redactan manuales tan dignos como la *Historia de la Edad Media* de N. Abramson, A. Gourevitch y N. Kolesnitski, del cual las Ediciones Progreso nos han dado una traducción reciente, las escuelas históricas polaca y húngara conservan su brillante vitalidad, y de Varsovia nos han llegado impulsos decisivos con los trabajos de W. Kula.

### **La práctica histórica marxista está en crisis**

Todo ello no quita un ápice al diagnóstico de crisis de la práctica historiográfica marxista, cuyos efectos, aunque en verdad atenuados, son igualmente perceptibles en el Oeste y en el seno de la investigación marxista dibujan reales líneas



de demarcación. Entre una práctica del marxismo rígida y timorata, aún prisionera de lo que se supone sea un “logro” historiográfico, y una práctica más crítica respecto a ese “logro”, dominada ante todo por la exigencia de un regreso a las fuentes del marxismo, la distancia resulta grande; y me parece que no dejará de crecer. Hoy en día, nadie puede escapar, sin equivocarse, a esa elección. Y la opción escogida tiene serias consecuencias respecto a la actitud adoptada por su autor ante la “nueva historia”. El racionalismo estrecho de quienes se proponen trabajar por una renovación radical de la investigación histórica marxista, los conduce a integrar todos los aportes metodológicos recientes capaces de ser fecundos; por el contrario, aferrarse a una práctica más tradicional alimenta aún más la desconfianza respecto a tales aportes, salvo cuando la apertura a la “nueva historia” se concibe como la cortina destinada a enmascarar ese aferrarse a posiciones dogmáticas.

### ¿Qué nueva historia?

Ya no hay una “nueva historia”. Ciertamente, se le puede definir de manera somera por algunas preocupaciones dominantes: ampliación del campo de observación del historiador por el descubrimiento de “nuevos objetos”; recurrencia a un conjunto de ciencias humanas (antropología, ciencia económica, sociología, psicoanálisis...); la aplicación de métodos *cuantitativos* cada vez más sofisticados, sobre la base de una documentación *seriada*. Pero, ¿bastaría esto para darle alguna unidad? A decir verdad, la “nueva historia” tiene ya su propia historia, marcada por ambigüedades y contradicciones.



Nacida con el alba de 1930, conducida por el prestigio de Lucien Febvre y Marc Bloch, entabló por largo tiempo un combate valeroso contra el positivismo que impregnaba el conjunto de la ideología histórica y adquirió así una legítima reputación pionera. Luego vino, con los años 60, la explosión triunfante, contemporánea de las grandes mutaciones sociales y políticas de nuestro país y del auge del estructuralismo; progresa entonces en todas direcciones, haciendo retroceder a la “historia tradicional” hacia sectores protegidos (la *Historia de la Antigüedad*, principalmente), y ocupa posiciones estratégicas en la institución universitaria (*Escuela Práctica de Altos Estudios, Colegio de Francia*). Poco importa que los adeptos de los métodos tradicionales conserven aún en la universidad un amplio poder institucional (apoyado sobre un organismo anacrónico, tanto por su concepción como por su composición: el comité consultivo): la “*nueva historia*” ejerce ya una influencia dominante. Y las ambigüedades van a nacer de manera inevitable de ese mismo éxito.

### La “*nueva historia*” corre el riesgo de ser víctima de la moda

En primer lugar, porque lo que había sido en esencia una renovación fecunda de los métodos de la historia, fue rápidamente alterado por la correspondiente difusión de los éxitos logrados. La “*nueva historia*” se puso de moda: ¡he aquí a la “*nueva historia*”, lanzada al mercado como una marca de detergente! Quien permanezca atado a una historia historizante, lineal y estrechamente hechológica, se proclamará partidario de la “*nueva escuela*” para hacer su producto más vendible. Es más, pronto se verá que algunos de los historiadores más empiristas se convierten en entusiastas promotores del refinamiento *estadístico*: la ejecución de simples técnicas



sustituye, así, la elaboración de instrumentos conceptuales. El positivismo encuentra aquí la oportunidad de sobrevivir, envolviéndose en nuevos ropajes.

En fin, ¿cómo podrían faltar las preocupaciones ideológicas en el momento mismo en que rompe la ola de la modernidad histórica? El papel dominante que adquiere la “nueva histórica” le dicta responsabilidades en este terreno. No se trata sólo de echar abajo antiguallas metodológicas, sino también de establecer una nueva línea de defensa en la batalla de ideas del mundo contemporáneo. La introducción y difusión de la *New Economic History* norteamericana resultan significativas a este respecto. Con una ingenuidad cómica, Jean Heffer, en la presentación que hace de los trabajos de esta escuela, multiplica las profesiones de fe:<sup>3</sup> la historia es un “gran saco” del cual conviene desembarazarse (p. 82); en cuanto a la “historia total”, hay que “afirmar con fuerza que, por el momento, no es en absoluto científica, debido a su pretensión humanista global”, lo cual justifica a sus ojos ambiciones más limitadas y cierto “reduccionismo”; al adversario, naturalmente, se le designa con cierta condescendencia: “los historiadores marxistas” (¿acaso son tan numerosos, por otra parte?)... a quienes hay que “dejar con sus quimeras” (p. 34).

Henos aquí lejos de las aspiraciones iniciales, muy lejos de L. Febvre y M. Bloch, por sólo citarlos a ellos. ¡Que alguien diga, después de esto, que existe una nueva historia! En esas condiciones, su confrontación con la historia marxista no podía resultar simple. De una parte y de otra, las demarcaciones internas están demasiado marcadas como para no tomarse en cuenta. Ellas explican el entrecruzamiento –a menudo, confuso

3. J. Heffer. *La Nouvelle Histoire Économique*, Paris, Gallimard, 1977.



y contradictorio— de los ataques que se hacen ambas corrientes. Pero el problema sigue siendo el mismo: entre lo que pretende ser una teoría general de la historia y lo que pretende ser una renovación de los métodos históricos, ¿existen puntos de confluencia?

### **Influencia del marxismo en la renovación metodológica**

Debe destacarse, en primer lugar, que desde muy temprana fecha el marxismo desempeñó un papel fecundo en esta renovación metodológica. En la medida en que tiende a una historia “global” o “total”, que debe aprehender simultáneamente los diferentes aspectos de la vida social (lo económico y lo mental, lo social y lo político), tiene desde sus orígenes la vocación de abrirse sin restricción a la diversas ciencias humanas. Al conferir a las ciencias sociales y a su lucha un papel decisivo, está más interesado en las estructuras que en el acontecimiento superficial, en lo colectivo que en lo individual, en lo cotidiano que en lo accidental. En cuanto a los métodos cuantitativos, ¿hay que recordar que Marx los usó ampliamente? Por ello no es sorprendente observar la influencia, incluso, en el líder de la *New Economic History*, Robert Fogel, cuya formación debe mucho al materialismo histórico. El análisis atento de esta influencia no carecería de interés, y permitiría probablemente percibir tres niveles diferentes.

### **Una influencia indirecta**

Habría que recordar, en primer lugar, la influencia indirecta y difusa ejercida por el marxismo en el conjunto de la historiografía francesa, pero en dos momentos bien diferentes. Hasta los años 50, “es como método de análisis, que une la economía y la historia, que el marxismo influyó en



Francia sobre la ciencia histórica”, nos dice muy justamente Jean Bouvier en su contribución a *Hoy la historia*.<sup>4</sup> En cierto modo, “muchos hacen marxismo (o un poco de marxismo, sin saberlo, y en dosis muy variadas)”. Como se sabe, el hombre que más contribuyó a esta penetración difusa fue Ernest Labrousse, cuyas preocupaciones quedaron concentradas en el problema de las relaciones entre las clases sociales y la repartición de los ingresos entre ellas. Sin embargo, no estaría de acuerdo con Jean Bouvier cuando en el mismo artículo escribe que Ernest Labrousse hizo “una especie de fusión de Marx y Simiand”, pues ello significa omitir que Labrousse siempre rechazó de manera obstinada el concepto central del materialismo histórico (modo de producción) y que, por esa razón, su obra histórica, por grande que sea, quedará marcada por una tonalidad “economicista”, a medias coyunturalista, a medidas maltusiana.

Lo dicho no obsta para que Labrousse siga siendo el ejemplo más notable de esos historiadores que, puestos al margen del marxismo, le extrajeron útilmente algunos instrumentos de análisis y contribuyeron a su difusión. Notemos que las mismas observaciones podrían aplicarse a la obra de Marc Bloch –muy en especial a los *Caracteres originales de la historia rural francesa*–, quien dio un impulso determinante durante varias décadas a la historia económica medieval.

Este proceso de influencia indirecta del marxismo (y, a la vez, de renovación metodológica) a través de “hombres al margen” (aunque la expresión, como veremos, resulta muy débil respecto a los nuevos pasos dados), continuó bajo otras

4. J. Bouvier, En *Aujourd'hui l'histoire*, Éditions Sociales, Paris, 1974, p. 133.



formas en los últimos 20 años. El elemento nuevo es que esta influencia ya no sólo se limita al campo económico-social; se extiende al conjunto de las instancias de la vida social. Sus agentes utilizan de modo consciente, aunque implícito, el concepto de modo de producción, y al hacerlo, franquean el “margen”, aun cuando lo hagan de manera puntual, provisional o prudente. Es el caso de Jacques Le Goff en su brillante *Civilización del Occidente Medieval*, cuando nos presenta un sistema socioeconómico coherente, animado por una ideología económica original;<sup>5</sup> es también el caso de G. Duby, en quien no se ve muy bien qué podría separarlo aún del marxismo, cuando se leen las páginas admirables que consagró a la historia de las ideologías en *Hacer la historia*.<sup>6</sup>

No sólo toma de manera explícita de Louis Althusser la definición rigurosa del concepto de ideología, sino que la ubica en un conjunto social en el cual las estructuras materiales (producción, distribución) y las relaciones de clases ocupan su lugar correspondiente. Por supuesto, su visión de la historia es total, a la vez materialista y dialéctica, como lo atestigua el enunciado de las cinco características de las ideologías, definidas como “globalizantes, deformantes, concurrentes, estabilizantes y prácticas” (pp. 149–150). ¿Qué importancia tiene que en un artículo como éste esté ausente la terminología habitual del materialismo histórico? Lo esencial es que en él se realiza, de manera ejemplar, la fusión entre marxismo y “nueva historia”. La ampliación de los horizontes de la historia

5. J. Le Goff. *La Civilisation de l'Occident médiéval*. París, Artaud, 1964, pp. 278–279.
6. P. Nora y J. Le Goff (Editores). *Faire de l'histoire*. 3 vols. París, Gallimard, 1974.



y la elaboración de nuevos instrumentos conceptuales, lejos de concebirse como una máquina de guerra contra el marxismo, se apoyan en él; además, tanto por los problemas planteados como por los elementos de respuesta aportados, participan en su enriquecimiento. Y ya estamos en la confluencia de estas dos grandes corrientes.

### Aportes directos

Segundo nivel de influencia y segunda forma de confluencia: los aportes directos de historiadores marxistas a tal o cual aspecto de la renovación de los métodos históricos. Se trata de investigadores que se refieren explícitamente al materialismo histórico, que conducen sus investigaciones en el contexto de sus hipótesis generales, y cuyo esfuerzo principal se dirige hacia un problema dado: la articulación entre la historia y tal o cual ciencia humana o hacia la apertura de nuevos campos históricos. He aquí dos ejemplos entre tantos otros.

### Marxistas que hacen nueva historia

Con *Historia y Lingüística*, Régine Robin ilustra ese tipo de aproximación.<sup>7</sup> Se trata de una “interrogante sobre las encrucijadas conceptuales” de dos disciplinas, de “mostrar a los historiadores que la lectura de un texto y de un conjunto de textos plantea un problema igual al de la producción de sentido, que algunas regiones de la *lingüística* pueden serles de gran ayuda, siempre y cuando no sean una simple superposición, una aplicación no razonada o una falsa interdisciplinariedad” (p.7). Su objetivo: llevar a una teoría del discurso, y en especial

7. R. Robin. *Histoire et Lingüistique*. París, A. Colin, 1973.



del discurso político, considerándolo como un proceso y examinando los modos de articulación que unen las prácticas discursivas a otros niveles de la actividad social. Empresa ambiciosa y compleja que implica una clara distinción entre discurso e ideología (aunque el discurso resulte parte integrante de la esfera ideológica) y la recurrencia a un conjunto de ciencias de la significación (lingüística, psicoanálisis, semiótica...); pero empresa fecunda, de la que ya se adivinan las múltiples aplicaciones, desde Cicerón hasta el discurso político contemporáneo.

Aún más decisiva es la incursión realizada por Michel Vovelle en la historia de las *mentalidades*. He aquí, sin duda, al más sutil e imaginativo de los historiadores marxistas contemporáneos, y también el que más ha contribuido a los progresos de la “nueva historia”, al no limitarse (como sucede aún con demasiada frecuencia) a un discurso metodológico de carácter muy general, sino forjando sus métodos al calor de investigaciones concretas, en una unión íntima y poco frecuente de la teoría y la práctica. Con Michel Vovelle, la “nueva historia” puede juzgarse por sus frutos.

Ellos son ante todo la fiesta y la *muerte*. Ante la carencia de un análisis profundo que no correspondería aquí, sigamos por un instante a Michel Vovelle frente a la interrogante que ha planteado con tanta fuerza: ¿cómo han vivido los hombres su muerte? En *Piedad barroca y desecristianización: actitudes provenzales ante la muerte en el Siglo de la Luzes según las cláusulas testamentarias*, el autor hace una serie de elecciones metodológicas significativas.<sup>8</sup> Desde el principio, el haz de luz

8. M. Vovelle. *Piété baroque et Déchristianisation: attitudes provençales devant la mort*. Paris, Plon, 1973.



del investigador se dirige sobre *un* problema, por eso mismo cuidadosamente delimitado y explorado: la actitud ante la muerte. A continuación, el estudio se inscribe en *la larga duración* indispensable para la percepción de las eventuales flexiones y rupturas de una sensibilidad colectiva. Por último, la selección de las fuentes traduce la voluntad de operar sobre un material homogéneo, susceptible de cuantificarse: los elementos heterogéneos de la documentación son dejados de lado en beneficio de una fuente única y seriada: los testamentos.

De la evolución de los testamentos, sometidos a un análisis muy minucioso, el investigador espera la respuesta a la interrogante planteada. Y “contra todas las apariencias, las fórmulas notariales, lejos de ser inertes, se revelan móviles, aptas para traducir un movimiento y, por ello mismo, reflejar las mutaciones de la sensibilidad colectiva de la clientela notarial”. La búsqueda revela así una profunda mutación a partir de los años 1760: el testamento se personaliza y se vuelve laico; “la imagen de la muerte ha cambiado. La red de gestos, de ritos merced a los cuales este tránsito se hallaba asegurado (...) se ha modificado profundamente. No se sabe si el hombre se ve más solo, menos seguro del más allá en 1780 que en 1710, pero decidió no hacer más confidencias al respecto”. Con el análisis de esta mutación penetramos con el paso firme en el amplio campo de la descristianización. Forma de actuar ejemplar.

Por último, distinguiré un tercer nivel de interferencia entre el marxismo y la “nueva historia”; nivel que apenas se esboza hoy, pero cuyas implicaciones pueden revelarse de gran significación en un futuro no muy lejano. Se trata de la existencia de historiadores marxistas, totalmente partidarios

de la utilización de los nuevos métodos y cuya preocupación fundamental es apoyarse en ellos para hacer progresar la metodología marxista, arrancándola de manera decisiva del letargo que aún sufre. Como en el caso precedente, se realiza la combinación de los dos elementos, pero la jerarquía de las preocupaciones no resulta la misma: la renovación de los métodos históricos se considera no tanto un fin en sí, como el instrumento necesario de una reflexión teórica más fundamental. Detengámonos de nuevo en dos ejemplos ilustrativos de este quehacer.

El primero llega de Alemania Federal en la persona de un joven investigador de brillantes cualidades, Hans Medick, coautor de un libro reciente, *Industrialisierung vor der Industrialisierung* (La Industrialización Anterior a la Industrialización), que ya constituye una contribución excepcional a la teoría de la transición de feudalismo al capitalismo.<sup>9</sup> Nos describe el surgimiento, el auge y la decadencia de una estructura (la protoindustria) que caracterizaría el último estadio del feudalismo o el primero del capitalismo. Ella es el resultado de la estrecha combinación entre una industria rural –modelada en el contexto familiar o doméstico– y una organización capitalista del mercado que asegura la distribución de sus productos en el nuevo mercado mundial.

Hans Medick da radicalmente la espalda al empirismo, que lo habría conducido a la descripción minuciosa de todas las formas de protoindustrialización en Europa, obligándolo a continuación –para ir de lo descriptivo a un nivel seudo-

9. H. Medick. *Industrialisierung vor der industrialisierung*. Göttingen, 1977.



explicativo— a insertar, de modo más o menos artificial, esos datos en un poco de coyuntura, mucha demografía y el esquema general de larga duración. No; a nuestro investigador le interesa revelar el funcionamiento de la estructura y sus determinaciones. Y lo logra gracias a la utilización de nuevos métodos en la historia, en dos planos distintos. El microanálisis del fenómeno se apoya en un conjunto de investigaciones cuantitativas (tanto demográficas como económicas) que evidencian la relación entre la protoindustrialización y la “desestabilización y descomposición de las sociedades campesinas tradicionales de Europa”. A continuación, el microanálisis descansa ampliamente en nociones tomadas de la antropología: parte de las reglas de comportamiento económico de los productores; es decir, de los campesinos “protoindustriales”, cuyo objetivo será equilibrar trabajo y consumo (trabajando sólo cuando resulta indispensable en el sistema corporativo como en el ámbito manufacturero) para conducirnos al estudio del proceso de reproducción. Trabajo excelente por sus resultados.

### **Buscar la economía política propia de cada sistema**

Pero tenemos que detenernos en su aporte metodológico al marxismo. Hans Medick rechaza la actitud escolástica seudomarxista, que habría consistido en situar de entrada al objeto estudiado en un modo de producción, de características ya definidas y que sólo habría que animar manipulando fuerzas productivas y relaciones de producción. La exigencia de una visión global a partir de la comprensión del modo de producción, sigue siendo primordial para él; constituye un punto de partida metodológico, pero no el punto de partida de



la investigación. Por el contrario, H. Medick está consciente de que no es posible elaborar de golpe un *modelo global* de un sistema socioeconómico, sin caer el terreno de la especulación. La investigación transita necesariamente por la elaboración de modelos parciales o intermedios y por su ulterior ampliación. Para salir del empirismo sin recurrir al dogma, preconiza así una metodología basada en la teorización progresiva; camino que no dejará de asustar a algunos (pues conduce, en efecto, al cuestionamiento sistemático de lo que se cree saber acerca de los modos de producción precapitalistas), pero que puede juzgarse ya por sus resultados.

Sea practicada por Witold Kula, por Hans Medick o por otros, en todo caso tal forma de operar está en los orígenes de los atisbos y de los impulsos más significativos. Y señalamos que ello traduce simplemente un retorno a las fuentes del marxismo. Reconstituir el funcionamiento de un sistema socioeconómico destacando el proceso central de la “*reproducción*”, buscar la economía política propia de cada sistema, ¿no procedía así Marx en el estudio del sistema capitalista? ¿No es, igualmente, después de él, lo que se ha omitido hacer en pro de una visión más historizante de los procesos sociales? Así se anuncia (volveremos sobre esto más adelante) la superación de la historia económica y social de los últimos 30 o 40 años, tal y como fue llevada a su máxima expresión por Ernest Labrousse y luego por Pierre Vilar. El rasgo característico de esta superación consiste en dar un carácter definitivamente operativo al concepto de modo de producción, única alternativa real ante el empirismo; pero se ve también que en su decursar bebió con profusión de las fuentes de la renovación de los métodos y contribuyó a ella.



## En la encrucijada de la antropología y de la historia: la obra de Maurice Godelier

Preocupaciones teóricas del mismo tipo se hallan en la obra vasta y preciosa de Maurice Godelier. Con él estamos aún en la encrucijada de la antropología y de la historia, pero precisemos: de una antropología resueltamente marxista, “que aborda realidades históricas” y que persigue “liberarse del pisolingüismo, del funcionalismo sumario, del culturalismo antihistórico, ciencia que quiere analizar las estructuras sin olvidar sus génesis o su evolución y que intenta en fin explicar estructuras y acontecimientos concretos, forjando el camino desde comparaciones necesarias hasta el descubrimiento de leyes”.<sup>10</sup>

Así, para Maurice Godelier, el objeto de la *antropología económica* es el análisis teórico comparado de los diferentes sistemas económicos. Desde hace una docena de años se ha dedicado a definir, con la mayor nitidez, los conceptos básicos de esa ciencia; vale decir, las nociones de “sistema”, de “estructura” de “regla” de “ley”: “Todas las investigaciones antropológicas abordadas desde la historia, la economía o la etnología, etc., conducen a la hipótesis de que ninguna sociedad existe sin organizar sus diferentes actividades según los principios y la lógica de cierto orden al cual se aspira. La tarea de las ciencias sociales es confrontar esas reglas a los hechos para hacer aparecer las ‘leyes’.”

Este camino lo condujo a una reflexión profunda e innovadora acerca de los conceptos del materialismo histórico;

10. M. Godelier. *Rationalité et irrationalité en économie*. París, F. Maspero, 1971, T. II, p. 127.



reflexión cuya expresión más reciente se encuentra en *Horizontes, trayectos marxistas en antropología*.<sup>11</sup> Entre las grandes interrogantes planteadas, retengamos la relativa a las relaciones de producción, que en la teoría marxista determinan el acceso a los medios de producción y a los productos del trabajo social; pero, como observa Godelier, “no ocupan el mismo lugar, no revisten las mismas formas y no llevan a los mismos efectos según las sociedades y según las épocas”. Así, el parentesco es, en numerosas sociedades primitivas, relación de producción. Pueden inferirse las consecuencias posibles de tales reflexiones, sea para apreciar el papel de la política en la Grecia antigua o el de la religión en Sumer, en Asur, o, incluso, en el seno de las sociedades medievales.

El homenaje más sincero que puede rendirse a Maurice Godelier es subrayar la influencia que ya ha ejercido en numerosos trabajos de historia antigua y medieval, y reconocer nuestra deuda al respecto. Ciertamente ha sido él quien más lejos ha llevado la reflexión acerca del instrumental conceptual del historiador, a partir de la confluencia entre historia y ciencias sociales. No resulta sorprendente que semejante manera de trabajar –de múltiples implicaciones ideológicas y políticas– haya provocado también resistencia y críticas, si se recuerdan las líneas de demarcación (antes evocadas) que atraviesa el pensamiento marxista. Acusado por Lucien Sève de “estructuralismo” con argumentos y procedimientos de otra época, Maurice Godelier respondió en términos a los cuales nada hay que agregar: se trata “de un combate de retaguardia, que toma sus procedimientos de ese dogmatismo que frenó

11. M. Godelier. *Horizons, trajets marxistes en anthropologie*. París, F. Maspero, 1973.



durante varios decenios el desarrollo del marxismo y le hizo perder en tantos campos importantes su espíritu y su sustancia científica”.

### **El marxismo frente a la renovación metodológica**

Lo dicho acerca de la participación de historiadores marxistas en la renovación de los métodos históricos, muestra que la confluencia no es reciente. La historia marxista nunca ha dejado de servir de aguijón en ese terreno. Naturalmente, no se pretende reivindicar para ella el monopolio de la innovación. Otros investigadores, procedentes de los horizontes filosóficos más diversos, también han participado en este proceso. De ahí la complejidad de las relaciones iniciales entre marxismo y “*nueva historia*”. Aunque la génesis de esta última resulta inseparable de la influencia del marxismo, lleva en sí contradictoriamente una tendencia de reacción (que puede llegar hasta el desafío) tanto hacia el marxismo mismo, como respecto a algunas de sus deformaciones. Por ello, la adhesión del historiador marxista a las técnicas y métodos que la “*nueva historia*” promueve, por indispensable que sea si se quiere preservar y desarrollar la sustancia científica del materialismo histórico, implica también una atención extrema a las múltiples trampas que le son tendidas.

### **Frente a lo cuantitativo**

Trátase de la aplicación de métodos cuantitativos, del descubrimiento de nuevos objetos de la historia o de préstamos de las metodologías de las ciencias humanas, cada uno de estos caminos puede conducir tanto a una progresión, como a una regresión de la metodología histórica.

En *Hacer historia*,<sup>12</sup> François Furet consagró un penetrante artículo a lo *cuantitativo* en la historia. Subrayó con fuerza sus implicaciones epistemológicas, y se coincidirá con él cuando escribe que el historiador de hoy se encuentra ante un nuevo paisaje de datos y una nueva toma de conciencia de los presupuestos de su oficio (p. 46), en especial porque inmensos sectores “durmientes” de la documentación resultan susceptibles de un tratamiento cuantitativo.

¿Conviene verdaderamente ver en ello una “revolución de la conciencia historiográfica” (p. 53)? La formulación es quizás excesiva; pero es en efecto cierto que la historia seriada “dislocó el viejo imperio cuidadosamente cerrado de la historiografía clásica por dos aspiraciones distintas y relacionadas”: la descomposición analítica de la realidad en niveles de descripción y el esclarecimiento de sus diferentes ritmos de evolución. Ya nadie duda que esa doble operación resulte fecunda y especialmente reveladora de problemas no perceptibles a través del análisis cuantitativo, al evidenciar las correlaciones entre los diversos fenómenos. Dicho esto, tampoco puede equivocarse la cuestión de los límites del método cuantitativo: si se le pide demasiado, se corre el riesgo de desviarlo de su propósito. No quiero hablar aquí de las burdas trampas (fuentes no homogéneas, difícilmente cuantificables...) invocadas con demasiada frecuencia por quienes se desvían de esos métodos por la tradición o la pereza intelectual: son dificultades reales, pero progresivamente reductibles, empleando métodos más precisos. Notemos mejor dos límites: uno técnico, otro teórico.

12. P. Nora y J. Le Goff. Ob. cit.



Técnicamente, el análisis cuantitativo implica fuertes distorsiones del conocimiento posible de cada uno de los diferentes aspectos de un proceso dado: algunos pueden, gracias a fuentes apropiadas, beneficiarse de una iluminación violenta, mientras otros quedan en la penumbra o, incluso, en la más absoluta oscuridad, a falta de fuentes análogas. Resulta tentador entonces explicar el proceso por los únicos aspectos que se han podido esclarecer; tentación aún más fuerte porque la formalización de los métodos brinda la ilusión de una verdadera científicidad.

### El difícil tránsito de lo descriptivo a lo explicativo

Retomemos el ejemplo mismo que François Furet escogió para ilustrar la eficacia de lo cuantitativo: *Los campesinos del Languedoc*, de E. le Roy Ladurie.<sup>13</sup> Resultó, en efecto, un trabajo de avanzada, aunque sólo fuese por el establecimiento de las diversas series demográficas y económicas que conlleva, de las cuales brota ante todo la dramática confrontación entre población y recursos. Una vez rendido el legítimo homenaje, debe plantearse la pregunta siguiente: ¿con qué derecho el autor extrae de ello una conclusión malthusiana (que François Furet avala [cf. p.56])? ¿Qué derecho hay para destacar así el factor demográfico en el proceso del crecimiento? Tratándose de un proceso semejante, ninguna explicación es satisfactoria, mientras no se perciba el mecanismo de la “reproducción” (en su doble aspecto económico y demográfico) en el seno de la unidad de producción de base; es decir, la célula familiar.

13. E. Le Roy Ladurie. *Paysans de Languedoc*. París, Flammarion, 1969.



Ello exige aprehender ciertos fenómenos (difícilmente deducibles de las fuentes): la evolución de la productividad del trabajo, y las tendencias que afectan las diferentes formas de exacción, tanto señorial como pública. Sólo semejante exploración puede permitirnos comprender por qué, en un período dado, los asentamientos *campesinos* proliferan, mientras que en otro momento se hacen más escasos. Después de todo, la imposición brusca de una sobreexacción puede tener consecuencias mucho mayores en el equilibrio de los asentamientos campesinos, que una distorsión “maltusiana” (entre población y recursos) a escala macroeconómica. Claro, lo malo consiste en que no disponemos de contabilidades campesinas, mientras que los diezmos y registros fiscales nos informan en profusión acerca de producción y población.

De lo dicho resulta que el deslizamiento subrepticio de un nivel descriptivo (en parte esclarecido) a un nivel explicativo es metodológicamente inaceptable, y que el método cuantitativo puede conducir al historiador a dejarse llevar por sus fuentes, corriendo el riesgo de desequilibrar su investigación. El riesgo teórico resulta aún más grave. Se trata de saber si la “descomposición analítica de la realidad en niveles de descripción” compromete o no la ambición de una historia global o total, “atomizando la realidad histórica”. Si la respuesta es afirmativa, ello significa claramente que la utilización de métodos cuantitativos se inscribe en la perspectiva de un neopositivismo o positivismo formalizado, que bajo el manto de un modernismo encubridor nos devuelve al horizonte de 1900, sin hablar de la agresión que ello representa respecto al marxismo. Y al leer las obras recientes de historia económica –en especial, medieval y moderna– parece evidente que la conclusión es positiva para muchos autores.



En cuanto a François Furet, sobre ese punto capital ofrece una respuesta casi satisfactoria: “Responderé que probablemente hay que conservarla [la pretensión de lo global] como horizonte de la historia, pero, para avanzar, hay que renunciar a tomarla como punto de partida de la investigación, a menos que se quiera recaer en la ilusión teleológica descrita antes”. Tiene razón al renunciar así a tomarla como punto de partida, y ése es el sentido mismo de la ruptura epistemológica que puede y debe desprender la práctica histórica marxista del dogmatismo. Comprendo menos su vacilación en cuanto a conservarla “como horizonte de la historia”. Hay algo inquietante, en su “probablemente”; sobre todo, porque no dice una palabra del objeto histórico capaz de estructurar la totalidad histórica: el modo de producción.

Hechas estas reservas, el historiador marxista revelaría una miopía inquietante, si renunciara, cuidándose por principio, a sacar el mayor partido de lo cuantitativo. Al desarrollar las observaciones cuantitativas en todas las direcciones, reducirá el riesgo técnico evocado antes. Y no tiene por qué temer la desestructuración analítica de la materia histórica, siempre y cuando considere a esta última como un momento necesario de la investigación, preludeo de una reestructuración progresiva, manteniendo irreductiblemente puesto el rumbo hacia la aprehensión del modo de producción.

### Frente a los nuevos campos históricos

El descubrimiento de nuevos campos históricos suscita observaciones análogas. Detengámonos en el sector más de moda hoy, el de las *mentalidades* y las *ideologías*. Jacques Le Goff nos dice que éste “se sitúa en la encrucijada de lo individual y lo colectivo, del tiempo largo y lo cotidiano, de lo



inconsciente y lo intencional, de lo estructural y lo coyuntural, de lo marginal y lo general”. El hecho de que las mentalidades mantengan, debido a su inercia, “relaciones complejas con las estructuras sociales”, no basta para desviar a los marxistas de su estudio. Habría que remitirse a una concepción realmente muy burda del materialismo, para no ver en ellas más que un reflejo de las infraestructuras socioeconómicas. Lo más que puede reprocharse a la historiografía marxista es no haber prestado la atención suficiente –en su celo por subrayar la importancia de las estructuras materiales– a los fenómenos mentales, cuya intervención puede revelarse a menudo decisiva.

Pero esta misma crítica puede considerarse superada, si se tiene en cuenta el amplio debate teórico ya entablado acerca del problema de las relaciones entre las diferentes instancias de una sociedad. Se plantea en los términos siguientes: ¿cómo conciliar el papel, en apariencia dominante, de tal o cual elemento de la “superestructura” (la religión, la política) en tal o cual sociedad, con la tesis de la causalidad en última instancia del modo de producción y la de la prioridad de las infraestructuras?

### **Los historiadores marxistas no ignoran el papel de las mentalidades**

Sin entrar en el fondo del debate, recordamos que se han ofrecido diversas respuestas. Para Louis Althusser, si la política o la religión dominan la evolución de una sociedad, es porque el modo de producción seleccionó una de esas instancias y la puso en una posición dominante. Maurice Godelier brinda otra respuesta: “Tal o cual actividad social y las relaciones sociales que la originan explícitamente, sólo dominan una sociedad (y, por tanto, la conciencia, las representaciones de sus miembros),



si esa actividad y esas relaciones sociales funcionan como relaciones de producción. No porque esta actividad domine la conciencia domina también la sociedad y funciona como relación de producción. Porque funciona como relación de producción ocupa un lugar dominante en la sociedad y en la conciencia de sus miembros”.<sup>14</sup> La lógica de esta posición conduce, incluso, a Maurice Godelier a rechazar la noción de “instancia” o “nivel”: “Una sociedad no tiene ni arriba ni abajo, y no es un sistema de niveles o de instancias, sino un sistema de relaciones sociales jerarquizadas según la naturaleza de sus funciones”. También rechaza los términos de “infraestructura”, con el único fin de legitimar las relaciones de producción.

El debate está lejos de haber terminado, pero ya es un testimonio del nuevo interés que prestan los historiadores marxistas a las categorías mentales, con la preocupación de descubrir los múltiples lazos que las unen al conjunto de las relaciones sociales. Pues desestimar esos vínculos equivaldría a caer en la trampa de un “espiritualismo ya superado” (para retomar una expresión de Jacques Le Goff). Y como la atracción por lo cuantitativo implica singulares ambigüedades, la atracción por lo mental resulta inseparable, para algunos, de una tendencia a rechazar el análisis de las estructuras materiales. La gran dificultad para el historiador (y, en particular, para el historiador marxista) radica en ser capaz de enriquecer su visión mediante la incursión incesante en nuevos campos, a la vez que evita el fraccionamiento de la materia histórica. Sólo tiene éxito si asume las relaciones sociales como el campo privilegiado del trabajo histórico.

14. M. Godelier. *Horizons, trajets marxistes en anthropologie*. p. 15.



## Ante las ciencias humanas

La cuestión de las relaciones entre historia y ciencias humanas también se plantea en términos contradictorios. Sería tan insensato renunciar a los aportes de estas últimas, como acogerlas ciegamente en el seno de la historia. El peligro de una adopción acrítica es doble. En primer lugar, conduce a una dilución de la historia en otras disciplinas, al abandono de los métodos que le son propios. Por otra parte, algunos de los teóricos de las ciencias humanas no cesan de cuestionar su status y anunciar la muerte de la historia. Hay que ponerse en guardia y no ceder ante la tentación de un modernismo de pacotilla, capaz de provocar una verdadera fuga ente quienes están encerrados en el empirismo o en la práctica dogmática del marxismo. Al respecto, Pierre Vilar aporta una aguda respuesta cuando afirma: “Nunca he dejado de pensar que la historia debía reconocerse como la única ciencia a la vez global y dinámica de las sociedades, como la única síntesis posible de las otras ciencias humanas”.<sup>15</sup>

El segundo peligro es aún más preciso: la recurrencia a algunas ciencias humanas puede articular el cuestionamiento deliberado de los conceptos del materialismo histórico. Así ocurrió con la etnología, cuando las relaciones de parentesco se situaron en primer plano como concepto operativo fundamental opuesto al de relaciones de producción.

Por el contrario, el materialismo histórico perdería muy rápido su esencia científica si debiera dar la espalda a esas nuevas disciplinas en pleno auge e indispensables a la ampliación de sus horizontes. Como lo demostró Pierre

15. P. Vilar. En *Aujourd'hui l'histoire*. Paris, Éditions Sociales, 1974, p. 122.



Lévêque, la actual renovación metodológica en historia antigua debe mucho a la introducción de técnicas desarrolladas por las ciencias humanas:<sup>16</sup> así, se ha tomado prestado de la lingüística para el análisis del discurso antiguo; de la etnología para el conocimiento de los medios materiales de trabajo y de producción (en particular, respecto al problema del agua en los países mediterráneos); ha sido necesario recurrir a los métodos de la economía política, etc. Sin embargo, mas allá de la simple adopción de técnicas, la confrontación entre la historia y las ciencias humanas debe desembocar en una reflexión más fundamental respecto a los conceptos e instrumentos empleados por unos y otros. Con los trabajos de Emmanuel Terray, Claude Meillassoux y Maurice Godelier se desarrolla tal reflexión, de modos diferentes, con el propósito de librar a la antropología de ciertas tentaciones ideológicas y volverla a poner en el contexto del materialismo histórico.

### Un desafío

Como se ve, la confluencia entre marxismo y “nueva historia” no tiene nada de simple: tropieza sin cesar con nuevos obstáculos y, no obstante, sigue siendo más necesaria que nunca. Es cuestión de unión, pero también de combate. La unión sin combate, como el combate sin unión, resultan perjudiciales a los destinos del materialismo histórico. Para los marxistas, esta confrontación toma así el valor de un desafío. No pueden ignorar el alcance del riesgo y dejar de ver que, so pretexto de innovación técnica y fascinación por las ciencias humanas, se desarrolla un cuestionamiento parcial o total del

16. P. Lévêque: “*Problèmes Théoriques de l’histoire et Sociétés Antiques*”. En J. Bouvier. Ob. cit., pp. 71–105.

marxismo, un rechazo a la historia global y a las pretensiones de un acercamiento científico. Les corresponde, pues, aportar una respuesta que esté a la altura del reto planteado.

Esta respuesta debe buscarse en una práctica histórica capaz de asociar una gran apertura hacia los nuevos métodos (recordando las precauciones ya indicadas), con la aplicación real y no formal de los conceptos de base del materialismo histórico. “Nada es más difícil y raro que ser historiador, a menos que se sea historiador marxista”, afirma con fuerza Pierre Vilar en *Historia marxista, historia en construcción*.<sup>17</sup> En penetrantes páginas, examina las “dificultades persistentes” y las “vías abiertas”. Le seguiré gustoso en muchos aspectos. En primer lugar, cuando describe la estrecha vía que separa al empirismo del idealismo especulativo (“el abismo del empirismo no está separado del abismo del idealismo más que por el filo de una navaja”): nos arriesgamos en todo momento a resbalar por un lado u otro de esa vía, sea que el aporte teórico domine sobre la “penetración directa de la materia histórica”, sea que se agote en ella. También cuando afirma, siguiendo a Marx, las exigencias de una ciencia de las sociedades que sea, a la vez, coherente –gracias a un esquema teórico sólido y común–, *total* –es decir, capaz de no dejar fuera de su jurisdicción ningún terreno útil para el análisis– y, en fin *dinámica*, pues ninguna estabilidad es eterna: “nada es más útil de descubrir que el principio de los cambios”. Y cuando por último, uniéndose a Althusser, afirma (a nivel de principio, al menos) que “el concepto central, el todo coherente, el objeto teórico de Marx es el modo de producción, como estructura determinada y determinante”.

17. Villar. En P. Nora y J. Le Goff. Ob. cit., pp. 169–209.



## El modo de producción sigue siendo el concepto clave del enfoque marxista

Me detendré en este último punto, pues ahí, al parecer, los caminos metodológicos divergen. ¿Acaso Pierre Vilar da, efectivamente, su pleno valor operativo al concepto de modo de producción? ¿Admite que el conocimiento del funcionamiento teórico de los modos de producción precapitalistas es tan indispensable para la comprensión de los procesos históricos como el modelo de capitalismo elaborado por Marx para la comprensión de la historia *contemporánea*? ¿Ve en el modo de producción (más allá de la combinación fuerzas productivas/ relaciones de producción) un sistema que funciona según reglas (explícitas) y leyes (no visibles), que el historiador tiene como tarea investigar; un sistema que esconde los misterios de su desarrollo, de sus mutaciones, de su ulterior desaparición? Afirmar el papel unificador y determinante del modo de producción es responder de manera positiva a esas preguntas.

La obra histórica de Pierre Vilar es, sin dudas, inmensa; mas, no creo que, en un momento dado, haya dominado en su investigación la elaboración de una teoría del sistema feudal, clave del período estudiado por él. Al contrario que el historiador polaco Witold Kula, quien fue uno de los primeros en emprender esa difícil pero tan fundamental vía, Pierre Vilar conservó una manera de hacer “historicista”, como lo ha reconocido él mismo. Lo que interesa es ante todo el estudio de tal sociedad concreta y no la elaboración de un modelo abstracto, como si lo primero pudiera conseguirse sin antes proceder a lo segundo; como si (para retomar el ejemplo de las sociedades capitalistas) pudieran analizarse las crisis

económicas sin una teoría de ese sistema. En realidad, todo sucede como si el modo de producción no constituyera para él un verdadero objeto de investigación, sino un contexto general presupuesto, cuyas determinaciones serían, por demás, bastante débiles.

Naturalmente, cuando se considera, a diferencia de Pierre Vilar, que nuestro desconocimiento del sistema feudal es aún casi total y que ello nos impide tener una visión clara de la transición hacia el capitalismo y de las condiciones de su génesis, no puede compartirse su “optimismo” respecto al estado de la historiografía marxista. Se observa, por el contrario, que ella choca contra un obstáculo preciso, aún más difícil de superar porque todo tipo de pesos muertos ideológicos, políticos, –vale decir, profesionales– tiende a mantenerla en su lugar.

Por ejemplo, volver a situar en primer plano el concepto de modo de producción significa relegar el concepto de “formación económico-social”, cuya utilización cada vez más frecuente traduce un fenómeno de sustitución; cuestionarse también lo “adquirido” (empezando por la definición misma de los modos de producción); revisar además la visión de la historia económica de los siglos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII y, al mismo tiempo, algunos aspectos de la “herencia labroussiana”; es, en lugar de guardar un aprecio nostálgico por el largo camino recorrido desde Simiand, querer emprender una vía más nueva.

### **Materialismo histórico y “nueva historia”**

“Impaciencia teórica”, me responderá sin dudas Pierre Vilar. Que piense por un instante en las múltiples implicaciones de las



debilidades actuales de la historiografía marxista. Para seguir con el ejemplo de la historia económica de Europa del siglo XIV al XVIII: ante la carencia de una interpretación satisfactoria de la larga duración (que enlace las *tendencias* y los mecanismos del modo de producción), el terreno, dejado libre, está hoy ocupado, casi exclusivamente, por la corriente neomaltusiana (representada por la Escuela de Cambridge y E. Le Roy Ladurie), la cual, según la expresión del historiador americano R. Brenner, se presenta como una verdadera “ortodoxia”. Se notará de paso que más allá de su vocación ideológica, esta ortodoxia toma su fuerza de la recurrencia sistemática a la innovación técnica, pues la corriente neomaltusiana desempeñó un gran papel en la aplicación de las técnicas cuantitativas: otro ejemplo de las ambigüedades de la “nueva historia”. Sea como fuere, el riesgo es lo suficientemente grande como para justificar ciertas impacencias.

Los destinos del materialismo histórico tienen en común con todos los demás procesos históricos no ser un movimiento continuo, sino, por el contrario, está marcado por saltos sucesivos. Y precisamente su confrontación/confluencia con la “nueva historia” (amén de otros factores) es de una naturaleza capaz de suscitar uno de tales saltos. El severo desafío que le ha sido impuesto lo obliga a ello. Pero, al mismo tiempo, la innovación técnica aporta al marxismo preciosos instrumentos para el desarrollo de su capacidad científica. A él le corresponde utilizarlos, sin renunciar a ser él mismo. La renovación, en este campo como tantos otros, pasa por cierto retorno a las fuentes.

